

Galen esperaba a su madre bajo la higuera. Estaba leyendo *Siddhartha* por enésima vez, el joven Buda con la mirada fija en el río. Sentía la enorme presencia de la higuera, atento a escuchar el no viento, la quietud. El calor opresivo del verano aplastando la tierra. Su cuerpo cubierto casi por entero por una satinada película de sudor.

La vieja casa, los árboles vetustos. La hierba, muy crecida, le producía comezón en las piernas. Pero él intentaba concentrarse. Oír el no viento. Centrarse en la respiración. Que pasara de largo el no yo.

Galen, le llamó su madre desde dentro. Galen.

Respiró más profundamente, tratando de que su madre pasara de largo.

Ah, estás ahí, dijo ella. ¿Tomamos el té?

Él no dijo nada. Centrado en su respiración, con la esperanza de que ella se marchara. Pero, claro, él la estaba esperando, esperando la hora del té.

Ayúdame a sacar la bandeja, dijo ella, y él suspiró y dejó el libro y se puso de pie, las piernas acalambradas de tenerlas cruzadas tanto tiempo.

Toma, dijo su madre al entrar él en la cocina. Madera vieja bajo sus pies descalzos. Aspereza de barniz descascarillado. Cogió la bandeja, antigua y pesada, de plata, la tetera de plata, recargada, las tazas blancas de porcelana, todo lo que le deprimía, y mientras tenía las manos ocupadas su madre se inclinó hacia él por detrás y le plantó un beso, notó sus labios en la nuca y aquel ruidito supuestamente simpático que hacía siempre, y eso le provocó un respingo y muchas ganas de gritar. Pero no se le cayó la bandeja. La llevó hasta la mesa de hierro

colado a la sombra de la higuera, casi pegada esta al galpón encima del cual había una pequeña habitación. Galen estaba pensando en trasladarse allí para alejarse de su madre, de la casa grande.

Su madre ahora a su lado con los emparedados clásicos, de pepino y de berro. No estaban en Inglaterra. Esto no era Inglaterra. Estaban en Carmichael, a las afueras de Sacramento (California), en Central Valley, una larga y calurosa hoya de vulgaridad, nada que ver con Inglaterra, pero todas las tardes tomaban su *high tea*. Y ni siquiera eran ingleses. La abuela de Galen era de Islandia, el abuelo era alemán. En aquella familia nada tenía sentido ni lo tendría nunca.

Siéntate, le dijo su madre. ¿Te gusta el libro?

Le sirvió té. Iba vestida toda de blanco. Una blusa ligera y una falda larga, sandalias. Los muslos anchos, la mitad inferior del cuerpo creciendo más deprisa que la mitad superior.

Coge uno, dijo ella. Tienes que comer.

Los emparedados sin corteza. Pepino y queso para untar. Aunque hubiera tenido apetito, esa clase de comida habría sido una de las últimas de su lista mundial de alimentos.

Se te ve esquelético, dijo su madre.

Y él volvió a la respiración. Siempre que ella hablaba, él se concentraba de nuevo en respirar, en la espiración, expulsar el aire y con él todo apego al mundo. Contó diez espiraciones y luego bebió un poco de té. Demasiado caliente, dulce, con menta.

Estás chupado, hijo, y parece que tengas huesos en la garganta.

En la garganta no tengo huesos.

Pues lo parece. Tienes que alimentarte. Y ya que estamos, también tienes que ducharte y afeitarte. Eres tan guapo cuando te esfuerzas un poquito...

Respirando ahora a más velocidad, siempre la misma sensación cuando montaba en cólera, un ensancharse el cuello y los hombros, un salir disparada la coronilla. En momentos así era capaz de decir cualquier cosa, pero intentó no decir nada.

Si es solo comida, Galen. Por el amor de Dios, no tiene nada de especial. Fíjate. Y levantó muy despacio un emparedado de pepino, un pequeño cuadrado, y despacio se lo introdujo en la boca.

Galen bajó la vista a su taza, donde el té era una especie de mancha en el agua caliente, más oscura cuanto más al fondo. Mustias hojas de hierbabuena, ásperas y con sus bultitos; el mundo una gran inundación que se lo llevaba todo por delante. Imposible de dominar, imposible de frenar. Crecía y crecía, cada vez más compacta, ejerciendo más presión cada vez. Las clases empiezan dentro de un mes, dijo Galen. Tendría que ir a la universidad. No quiero pasarme otro puto año tomando el té.

Pues vete cuando quieras.

Estamos sin blanca. ¿O ya no te acuerdas?

No es culpa mía. Vamos tirando con lo que hay. Y vivimos en este lugar tan maravilloso, todo para nosotros.

Pues yo prefiero vivir en otra parte.

Su madre levantó la cucharilla y removió el té. Galen esperó. ¿Por qué me tratas así?, preguntó ella.

El aire no era respirable, de tan caliente. La tráquea convertida en un túnel reseco, los pulmones finos como el papel e incapaces de expandirse. ¿Por qué no podía marcharse sin más? Su madre había hecho de él, su propio hijo, una especie de esposo. Había echado a su madre, a su hermana y a su sobrina para estar solos ellos dos, y él cada día pensaba que no iba a aguantar más, pero pasaba otro día y allí estaba aún.

Después del té, Galen subió a su cuarto. El dormitorio principal, puesto que su madre dormía en la habitación que había utilizado desde pequeña. Es decir que él ocupaba el dormitorio de sus abuelos, una habitación alargada, de madera oscura, las viejas tablas del suelo aceitadas. Madera formando un friso en las paredes hasta la altura del pecho. Más arriba tela vieja, un estampado en flor de lis azul oscuro, paneles de más de

medio metro de anchura separados por puntales oscuros que subían hasta el techo. Y el techo una serie de cajas también de madera oscura, con un espacio tallado justo encima de la lámpara. La estancia un lugar barroco y denso, demasiado pomposo para su vida insustancial, un espacio de otra época.

El armazón de la cama estaba hecho con madera de los nogales del nogueral. Al menos esto tenía sentido. Uno podía ir a sentarse en el tocón del árbol. Pero, aparte de eso, Galen no sabía por qué las cosas eran como eran ni qué se esperaba de él.

Bajó para esperar a su madre en el coche. Había un camino circular frente a la casa, enlazaba con un largo sendero de setos, ahora cubierto de maleza. Flores en el trecho pavimentado, lleno de maleza también. Cardos y hierbas altas tostados por el sol. En tiempos había un jardinero, y había unos fondos semanales asignados para un jardinero, pero de eso era de lo que vivían Galen y su madre. Y de los fondos para una asistente una vez por semana.

El coche tenía ya doce años, era un Buick Century de 1973, un palacio con ruedas. Un barco. Pintado de naranja metalizado hacía cosa de un año, cuando a la madre de Galen le dio por tirar el dinero. Pintémoslo, había dicho en su momento. Venga, sí.

Un reflector gigante, aquella pintura metálica. Friendo a Galen mientras esperaba allí de pie con la cabeza descubierta y sin gafas de sol, la piel ya morena y cuarteada. Como a cien metros de distancia un roble gigante, sombra fresca, un confidente de madera, pero Galen se quedó donde estaba. Con los ojos todo lo abiertos que le permitía el resplandor.

Galen podía notar cómo la tierra se inclinaba hacia el sol, cómo el terreno avanzaba a empujones, arrastrando detrás de sí el saco candente de lo derretido.

Y entonces salió su madre. Gorro para el sol, varias bolsas pequeñas en cada mano, buscando las llaves, cargada con dieciséis bultos pese a que era un trayecto de apenas cinco kilómetros. Cada tarde después del té iban a ver a la abuela a la

residencia. Cualquier cosa era un espectáculo, y en cada espectáculo la protagonista siempre su madre.

Ella se le acercó sonriendo, una gran sonrisa afectuosa, su mejor rasgo. Una buena caminata desde la puerta hasta el camino para coches, el sendero flanqueado de césped, en parte todavía verde. El dinero para la factura del agua de los aspersores salía directamente del fideicomiso.

Bueno, dijo ella, ¿nos vamos?

Para su madre no existían momentos malos, nunca. Hacía un rato no habían discutido. No habían reñido jamás. Nada desagradable había ocurrido en toda su vida. Galen nunca sabía qué decir. Así pues, se quedó mirando el capó del Buick bajo el sol cegador, intentó ensanchar los ojos.

Galen, dijo su madre. Abre la puerta y sube. Mete primero las piernas. No pasa nada, no es difícil.

Y Galen abrió la puerta y metió una pierna. Luego decidió meter la otra sin ayuda de los brazos. Cayó con un golpe sordo al suelo de gravilla, dejando que el hombro se llevara la peor parte. Las piernas quedaron torcidas sobre el marco de la puerta.

Santo cielo, dijo su madre. Mira, Galen, hoy no tengo tiempo para esto. Rodeó el coche por delante, lo levantó por las axilas, lo instaló en el asiento y cerró la puerta, sin violencia.

Te crees muy mono, dijo mientras se sentaba al volante. Cerró la puerta de su lado y arrancaron con un murmullo de grava al enfilarse el camino entre setos.

En Bel-Air tienen unas tartas de calabaza estupendas, dijo él cuando pasaban frente al centro comercial.

Basta, dijo su madre.

Va en serio, están muy ricas, dijo él. Era lo que su abuela había estado repitiendo día tras día antes de que la madre de Galen la metiera en la residencia.

Ella trataba de ignorarle, algo que no siempre se le daba bien. Sobre todo la de calabaza, dijo Galen.

Su madre creía ser una buena madre y una buena hija y una buena persona, de modo que reprimiría las ganas de sol-

tarle una fresca. Por lo visto se lo había tomado a mal, tenía la cara oscura y su sonrisa había desaparecido.

Ojalá no estuviera encerrada en la residencia, dijo él. Así podría comer tarta de calabaza otra vez.

La abuela de Galen gozaba de muy buena salud, pero le fallaba la memoria. Suzie-Q, dijo al entrar la madre de Galen. Se abrazaron y luego le tocó el turno a Galen.

A Galen no le gustaba que lo abrazaran. En su familia eran todo mujeres y siempre le daban abrazos, a todas horas. Habría preferido que nadie le abrazara nunca más en toda su vida.

Pero mírale, dijo su abuela, el guapo de mi nieto. ¿Preparándote para el nuevo curso?

Galen tenía los brazos apresados por las manos de ella. Intentó relajarlos, como si fueran de otro, pero ella no le soltaba ni a tiros. Su cara estaba muy cerca. Una cara diferente de la de hacía unos meses. Dentadura nueva, y eso le había cambiado la fisonomía por completo, ahora era una cara más redonda y más suave y extraña. Como si en realidad siempre hubiera habido otra persona allí escondida, no su abuela.

De momento no, dijo él por fin. Me esperaré un año.

Ella le miró de hito en hito, tal vez tratando de recordar. Lo que la abuela no conseguía recordar era que llevaba ya cinco años aplazándolo. Sí, dijo ella. Claro, querrás tomarte un respiro antes de empezar. Ya lo habíamos hablado. Es buena idea. Tal vez un viajecito, ver un poco de mundo.

El imaginario año de estancia en Europa, el joven acaudalado subiendo con su pequeña maleta a trasatlánticos y trenes, abriendo los postigos en un centenar de habitaciones viejas para contemplar campanarios y piedra antigua. Vestido con traje de lino, bebiendo en cafeterías, charlando en media docena de idiomas. Lo que más fastidiaba a Galen era que todo eso podía haberse hecho realidad. De haber tenido un padre y una madre normales, unos padres con empleo y una abuela

que no hubiese perdido la memoria, el dinero extra de la abuela lo podría haber hecho posible. Pero no, servía para pagar la residencia, pintar el coche de naranja metalizado y tener una madre que se negaba a trabajar.

Mamá, le vas a arrancar los brazos al pobre Galen.

Bueno, bueno, dijo la abuela, soltándolo. ¿Sabes que eres mi nieto preferido?

El pelo blanco en una melenita a lo *garçon*, ojos azules todavía con brillo. Ser el preferido no tenía muchas ventajas, la verdad, pero Galen quería mucho a su abuela. Siempre le había caído mejor que el resto de la familia.

Gracias, abuela, dijo. Y tú mi abuela preferida.

Mmm... , ronroneó ella, y le dio otro achuchón.

El cuarto era muy pequeño y lo compartía con otra mujer mayor, que estaba postrada en cama. Sus ojos siempre estaban húmedos, y ahora que le sonreía a Galen, parecía que llorara.

Podrías ir a dar un paseo, abuela, dijo él. Necesitaba salir cuanto antes de la habitación. Suelo de linóleo, paredes blancas sin adornos, cortinillas de plástico deslizantes alrededor de las dos camas. Un lugar donde morirse, pero su abuela se encontraba bien. La habitación era compartida porque la madre de Galen quería gastar el mínimo posible del fideicomiso y no estaba claro que la abuela se acordara de que tenía dinero.

Buena idea, dijo su madre. Iremos a caminar por el jardín.

El último es un huevo podrido, dijo la abuela.

E hicieron una carrera en broma hasta el jardín. Esquivando a las enfermeras en el pasillo como si se marcharan para siempre, la madre de Galen sonriendo porque estaban haciendo una cosa rara. Hacer cosas raras era lo suyo.

¡Uf!, exclamó ella una vez que llegaron al jardín y dejaron de correr. Se acercó a su madre y la cogió del brazo. Ha sido divertido, ¿eh?

El jardín era un patio de cemento con jardineras provistas de ruedas. Se podían trasladar de un lado a otro, y así el jardín no era nunca el mismo. La más alta de las plantas no superaba el metro ochenta. No había sombra.

La abuela le dedicó a Galen una gran sonrisa. Él intentó hacer lo propio y la cosa quedó en una especie de escueta sonrisita con la boca cerrada, un estirar la piel hacia los lados. Quizá tenía unos músculos faciales diferentes; no tiraban para arriba ellos solos.

Fijaos cuántas flores, dijo su madre. Y era verdad que las había por doquier. Se aproximaron a unas petunias, que brillaban blancas, rosas y moradas al sol. Son como caritas, dijo su madre.

¿Qué hora es?, preguntó la abuela de Galen.

Oh, y mira esto, mamá, qué rosas tan preciosas.

Se acercaron a las rosas: eran rojas, sueltas y espinosas. Galen se inclinó para olerlas. Le gustaba el olor de las rosas rojas.

Como Ferdinando el Toro, dijo su madre.

Gracias, dijo Galen.

¿Te acuerdas de Ferdinando el Toro, mamá?

Pero la abuela de Galen parecía estar preocupada, mirando a su alrededor. ¿Qué hora es?, preguntó de nuevo.

El toro que solo quiere pasarse el día tumbado oliendo flores.

Creo que deberíamos irnos, dijo la abuela de Galen. Se está haciendo tarde. Volvamos a casa.

Mirad esto, dijo la madre de Galen. Hay capuchinas.

Vámonos a casa.

Galen intentó concentrarse en sus espiraciones.

¿Por dónde se sale?, preguntó la abuela. Sudaba debido al calor, la cara brillante y la blusa con manchas oscuras. No había sombra. Nunca me acuerdo por dónde se sale del jardín.

Por aquí, mamá. Ven, volveremos a tu habitación.

Lo que tendríamos que hacer es ir a casa.

¿Y si jugamos a las cartas?, dijo Galen, tratando de ayudar. No soportaba un minuto más.

Qué gran idea, dijo su madre. Venga, mamá, vamos a jugar una partida.

Yo quiero irme a casa. ¿Por qué no me llevas a casa?



La tía y la prima de Galen los estaban esperando cuando Galen y su madre llegaron a casa. Su tía de pie junto a la puerta, su prima Jennifer arrellanada en el confidente al pie del gran roble. Como dos mafiosas. La madre de Galen paró el coche detrás del destartalado Oldsmobile de la tía.

Ella fue a abrir la puerta y Galen se acercó a su prima. Aquel roble tenía ramas de quince metros de largo por los cuatro costados. De pequeños habían jugado allí horas y horas, a la sombra, con sus Barbies y sus G.I. Joe.

Hola, dijo Jennifer.

Galen procuró no mirar. Ella tenía un pie apoyado en el banco del confidente, la rodilla hacia arriba, y llevaba una falda corta, de modo que se le veían las bragas, azul cielo, y la fina piel del interior del muslo. Tenía diecisiete años, y hacía cuatro que a Galen le asaltaban vislumbres como aquel, insufribles. Bajó la vista a la hierba que le llegaba por las pantorrillas.

Eh, dijo ella. Tienes buen aspecto. Estás como un tren. Me gusta esa pinta de «Yo no me vuelvo a duchar en la vida». Los sin techo son muy sexy.

Ya te duchas tú por los dos.

Es verdad, dijo ella. Me gusta lo fina que queda la piel después. Se pasó los dedos por la cara interior del muslo. Es increíble, dijo. ¿Quieres tocar?

Corta ya, dijo él, y se alejó para entrar en la casa. El salón, fresco y a oscuras, las cortinas echadas. Se detuvo un momento al pie de la escalera. El piano de media cola que nadie sabía tocar. Las fotos antiguas en las paredes. Los anchos tablones cubiertos de polvo. Subió a su cuarto con crujir de escalones y se encerró dentro. Sacó un *Hustler* y se tumbó en la cama.

Un placer idéntico a la desesperación, una necesidad acuciante, y su imaginación desbocada. Samsara, el mundo del sufrimiento. Renunció a la revista, dejó de meneársela, su erección en auge. Cogió la grabadora que tenía sobre la mesita de noche, se puso los auriculares y escuchó a Kitaro. Cerró los ojos e imaginó camellos en el desierto, largos trayectos a través de la arena, el viento, el tiempo. Sintió que su espíritu se encumbraba pensando en vidas pasadas, en encarnaciones, sintió la libertad. El cuerpo nada más que una cosa soñada.

Pero los porrazos en la puerta no eran de un sueño y al final tuvo que quitarse los auriculares. Ya voy, chilló. Joder. Cualquiera diría que se acaba el mundo si no cenamos.

Se puso la ropa interior y un pantalón corto, pero luego lo cambió por unos vaqueros. Con vaqueros no se notaba si la tenía dura. Solo de estar cerca de ella se le pondría dura. Era inevitable.

Al bajar por la escalera lo que experimentó fue pánico, como el animal camino del matadero. El Ágape de las Cien Humillaciones, dijo para sus adentros, y es que era mejor darle un nombre por adelantado. De esa forma los efectos quizá serían menores. Caminaba despacio, descalzo, la madera del suelo casi fresca en comparación con el aire.

¿Por qué te pones vaqueros?, le preguntó su madre.

Me apetecía, dijo él. Las tres mirándole los pantalones.

¿Con este calor?

Galen se sentó. Una mesa larga y estrecha para doce comensales. Él estaba en medio, delante de su prima. A solo unos cuantos palmos de ella. Su madre y su tía un poco más lejos, en las respectivas cabeceras. Habían empezado a comer, saladitos de salchicha. Y le habían puesto uno en el plato, media salchicha, cocida, envuelta en masa de hojaldre. Al lado plattos de ketchup y de mostaza.

Tienes que comer más, dijo su tía. Hasta las cuencas de los ojos se te empiezan a salir.

Galen cerró los ojos. Se encontraban en un enorme y cálido valle, un terreno semidesértico y ventoso, el Central Valley

de California, y él suspiraba por un tornado, un torbellino ardiente y seco que iría cobrando fuerza a lo largo de cincuenta kilómetros, que atravesaría el bosquecillo de nogales y reventaría la casa. Su tía, su madre y su prima elevándose en sus respectivas sillas, volando por los aires, a su alrededor una lluvia letal de metralla maderera, los saladitos arrancados de su hojaldre.

Padre nuestro que estás en los cielos, dijo su prima. Concédenos las mejillas, el cuello y otros trocitos de carne...

No sigas, Jennifer, dijo la madre de Galen.

He pensado que debíamos rezar para que el pobrecito Galen vuelva a estar entero otra vez.

He dicho que basta.

Suzie-Q, dijo la tía.

Está bien. No reñiré a tu angelito, Helen, dijo la madre de Galen.

Galen abrió los ojos. Confiaba en que el fuego cruzado pudiera salvarlo.

Vaya por Dios, dijo la tía. Tú tendrás a Galen pegado a la teta hasta que cumpla cincuenta. Mira quién habla de mimar a los hijos.

Galen sonrió. Le caía bien su tía Helen. No se mordía la lengua. Se imaginó a sí mismo colgado de la teta de su madre, encías de bebé pero cuerpo de adulto. Se rió, y tanto gusto le encontró a oír su risa, que decidió ampliarlo a base de sonoras carcajadas y algún que otro gañido.

Bueno, Galen. Ya es suficiente, dijo su madre.

Pero Galen continuó riendo, cada vez más fuerte, y la risa se realimentaba y eso le hacía sentirse mucho mejor, más liviano, casi libre.

Su madre se levantó de la mesa y se marchó. Sin su presencia, el regocijo se fue desinflando poco a poco. Le lloraban los ojos. Ay, dijo. Qué bien me ha sentado reír.

Estás como una chota, dijo Jennifer. Pero no ha estado nada mal. Quizá deberías dedicarte al circo.

Ya estamos en uno.

Su tía sonrió (o lo que para ella era sonreír, un estirar los labios hacia los costados) y levantó la vista hacia el extremo opuesto del techo, cruzada de brazos. Bueno, dijo. Bueno, bueno.

Galen miró el saladito que tenía en el plato. Era vegetariano, pero estaba muerto de hambre y sentía punzadas que le torturaban espasmódicamente. Le dolía tanto que apenas si podía sentarse erguido. Una puntita colorada de salchicha asomando de la masa. Al lado los condimentos.

Supongo que te das cuenta, le dijo su tía, de que tarde o temprano tendrás que dedicarte a algo. Tendrás que estudiar o buscar un empleo, hacer algo. No puedes seguir siendo un niño toda la vida.

No sé si eso es verdad, dijo Galen. Mira mi madre, por ejemplo.

Su tía se rió. Tienes razón, dijo. Desde luego. La pequeña Suzie-Q.

Alucino contigo, dijo Galen. Me caes superbien.

Oh, vaya, dijo su tía.

Se abrió la puerta de la despensa. La madre de Galen volvió a entrar. ¿Habéis terminado?, preguntó.

Esto es solo el principio, dijo él, canturreando la canción de los Carpenters.

Jennifer sonrió y, por debajo de la mesa, apoyó un pie en el paquete de Galen. Pie descalzo en contacto con el pantalón, sin apretar, sintiendo cómo aumentaba de volumen.

¿Cómo estaba hoy mamá?, preguntó la tía de Galen a la madre de Galen.

Bien.

¿Eso es todo?

Si quieres detalles, ve a verla, ¿no?

¿No te basta con ser su preferida y con vivir en esta casa por cuenta de su dinero? ¿Encima tienes que ponerte chula?

Si te comportas así no te vamos a invitar más.

Nada de amenazas pueriles, por favor.

Uf, dijo Galen. ¿Os estáis oyendo?

No hay otro sonido en el mundo, dijo su tía. ¿Qué más quieres que oigamos?

Jennifer le presionó un poco más la erección, al principio agradable pero luego le empezó a doler. Bajó una mano para ver si podía apartarle el pie. Ella tenía mucha fuerza. Galen la miró y estaba sonriendo. Demasiado rímel, maquillaje de niña. Ojos azules brillantes como dos canicas. Pero lo que más reclamaba siempre su atención era el vello, sí, la pelusa que cubría sus mejillas y su largo cuello. Podía ver los pelitos rubios, tan suaves. Le entraron ganas de sentirlos en su propia mejilla.

¿Qué estáis haciendo vosotros dos, eh?, preguntó su madre.

Nada. Jugamos a ver quién parpadea antes, dijo él. El que pierde se queda aquí en la mesa y tiene que daros conversación a las dos.

Basta, dijo la madre de Galen. Jennifer, pareces una golfilla. Y a ver si nos comportamos todos. ¿No podríamos ser como una familia normal?

Galen suspiró. Vale, dijo. ¿Me pasas la bandeja de saladitos, por favor?

Gracias, dijo su madre. Le pasó la bandeja. Una docena de saladitos de salchicha. Galen se los sirvió todos inclinando la bandeja sobre su plato y se puso a comer con las dos manos, atiborrándose de carne de tripa y masa caliente con aquel sabor a suelo de carnicería, a lengua y a pata de vacuno. Su prima venga a reír y su madre desaparecida otra vez mientras él zampaba y masticaba y tragaba aquella atrocidad culinaria hasta que solo quedaron migajas. Después rebañó el plato con la lengua, se levantó de la mesa con el estómago a punto de reventar y subió corriendo las escaleras para entrar en su cuarto e ir derecho al baño, donde vomitó en el inodoro. Cuando hubo terminado, puso los brazos sobre el asiento del retrete, sabor agrio en la boca, y se dispuso a echar una siestecita. Se quedó dormido con el agua sucia debajo, pensó incluso en meter la cabeza para beber un poco, cosa que habría hecho si su madre hubiera estado mirando.